

EVOLUCION Y REVOLUCION EN EL PANORAMA POLITICO HISPANOAMERICANO

Sobre todo para ingleses y norteamericanos ha sido una gran suerte que hace un par de siglos nada menos que Buffon hubiese dado con la razón científica, la *inmaturité*, que sirve para explicar y justificar toda una acción política y económica y también una postura filosófica y hasta humanitaria. Cuando el gran naturalista francés se encontró con las pruebas «irrefutables de su teoría, no sólo por la ausencia en el Nuevo Mundo de grandes mamíferos, sino porque había asimismo por allí una tendencia clara y «sin excepciones» a la caída y degeneración de los elevados *standards* que se podían haber alcanzado con los que habían sido importados de Europa, se tuvo la sospecha, por lo menos, de haber encontrado motivos sobrados para extender semejante línea de razonamiento al campo de las relaciones humanas. Y muy especialmente al aspecto político de la cuestión. Porque se trataba, sin duda, de un ambiente—el hispanoamericano nada más, porque los Estados Unidos se encargaron pronto de demostrar que la Historia les reservaba sitio para un capítulo aparte y muy especial—donde la falta de madurez era tan evidente que no podía ser causa de sorpresa el ver cómo por allí se deformaban y degradaban incluso los más nobles y puros principios políticos capaces de ser importados de Europa o de los Estados Unidos. De los Estados Unidos sobre todo, que habían conseguido adaptar a su ambiente y a lo largo de una colonización cuyo desarrollo ha sido considerablemente homogéneo, muchas de las enseñanzas de Locke, Montesquieu y toda la era del racionalismo, bien saturado por la influencia de un consuetudinario práctico y muy enraizado.

En ese estado de *inmadurez*, del que apenas podía quedar margen alguno para la duda, la atención se asentaba en el desarrollo de las ideas políticas, y más todavía en su aplicación práctica a lo largo de todo el mundo hispanoamericano. Cualquier duda que hubiere podido quedar hasta entonces habría de dispersarse forzosamente con sólo contemplar las conse-

cuencias que empezaron a salir muy pronto de la tendencia, tan acusada y tan general, a tomar a los Estados Unidos como el patrón y la norma a que se debería ajustar el desarrollo de la vida institucional de las colonias que, una tras otra, iban alcanzando la independencia.

Imitar o copiar de los Estados Unidos era una gran necesidad, por razones evidentes. Los Estados Unidos llevaban una considerable delantera a las colonias hispanoamericanas en el disfrute de una experiencia independiente; su sistema estaba dando buenos resultados, y por ninguna otra parte, en realidad, se podrían encontrar modelos más adecuados, y nunca por Europa, que había permanecido durante tanto tiempo asociada con la idea misma de eso que se estaba combatiendo: el colonialismo.

Costaría gran trabajo, pues, encontrar en la fase del desarrollo inicial de la vida independiente de las Repúblicas hispanoamericanas otras influencias directas a la vez que decisivas que las que llegaban incesantemente del Norte. Por todas partes se tropezaba con lo mismo o con algo muy parecido, con un sistema presidencialista como el de los Estados Unidos, con sus Cámaras legislativas, que solían llamarse Congresos, como en los Estados Unidos; con mandatos a plazo fijo, funciones específicas y, naturalmente, con una clara separación de poderes, muy en particular entre el ejecutivo y el legislativo, eso que hace que el régimen político norteamericano sea tan distinto del sistema democrático y parlamentario europeo, donde generalmente el Gobierno sale directamente del Parlamento y su permanencia en el Poder no dura un minuto más que la confianza que tenga en él una mayoría parlamentaria.

Por Hispanoamérica, al igual que por los Estados Unidos, un Presidente —la expresión constitucional del poder ejecutivo— puede en teoría (y más de una vez en la práctica también) encontrarse en situación minoritaria en relación con el Congreso, el poder legislativo, y sin embargo seguir adelante, con mayores o menores dificultades, hasta la conclusión de su mandato legal. Eso, en los regímenes parlamentarios fundidos en el molde tradicional europeo, resulta difícil de comprender, precisamente porque en tales casos la vida del Gobierno depende siempre, salvo en casos excepcionales, en los que el Parlamento deja de funcionar o funciona sólo de una manera especial, de la voluntad y la decisión de una mayoría parlamentaria. Si se pensase un poco en esto sería más fácil comprender situaciones como algunas que serán mencionadas más adelante, caracterizadas por cambios frecuentes en la Presidencia. Y es que a pesar de muchas y hondas peculiaridades propias, el ambiente político hispanoamericano es más europeo que norteamericano,

aun cuando su forma institucional es mucho más norteamericana que europea. Por eso, y como consecuencia, además, de la fusión en una misma persona de las funciones ejecutivas que por Europa suelen corresponder al jefe del Gobierno, con las puramente representativas y moderadoras del jefe del Estado, ha sido tan frecuente un cambio rápido de Presidente cuando en otros países hubiera bastado con un cambio de jefe de Gobierno, seguido generalmente de los ministros también, por supuesto.

* * *

Muy grande ha sido la influencia norteamericana en la vida política hispanoamericana y, a la larga, acaso muy perjudicial también. Sobre los cimientos nada sólidos de una estructura institucional poco y quizá mal desarrollada y en ocasiones incluso con la tendencia a seguir un desarrollo muy particular, se quiso asentar un sistema presidencialista y constitucional que en muchas ocasiones parecía ser el requisito ideal cuando no deseado para dar estímulo y quizá incluso para crear ambiciones personalistas de poder y autoridad.

Con una sola excepción, y eso muy tarde para ser tomada como indicio sospechoso, en los Estados Unidos no se ha dado un solo caso de un Presidente que hubiese intentado ir más allá de dos mandatos presidenciales. Por Hispanoamérica, en cambio, no sólo ha sido frecuente el intento de repetir la experiencia, sino que alguna vez se ha llegado al intento—y a la realización—de alargar el mandato presidencial para evitar más tarde posibles resultados adversos en los comicios, aun cuando fuese necesario para ello ir a la revisión constitucional, en el caso, como se ha dado con frecuencia, de estar prohibido un segundo o un tercer mandato. La transformación de un régimen democrático en dictatorial no tiene nada de nuevo, sin embargo, ni es invención hispanoamericana. Pero la adopción de un sistema como el norteamericano, que hace responsable al Presidente del cumplimiento de las leyes y el respeto de la Constitución de la misma y que, en consecuencia, concentra en él todo el poder ejecutivo durante un período de tiempo determinado, se ha convertido con frecuencia en una tendencia irresistible a la dictadura en un ambiente con ciertas inclinaciones que se podrían calificar de casi naturales para llegar esa misma forma de gobierno de una duración indefinida.

Hacia donde quiera que se dirija la mirada por el vasto panorama hispanoamericano, es posible dar, en un momento u otro de su historia, con alguna demostración elocuente de la importancia—y la influencia—de la per-

sonalidad. Aun cuando con ello se quiere decir siempre que se ha manifestado en una dirección única y personalista. Pero se han dado excepciones, en cualquier caso, de extraordinaria importancia y significación.

El primero, y acaso el más fantástico de todos los grandes dictadores hispanoamericanos ha sido el doctor J. G. R. (José Gaspar Rodríguez), Francia. Elegido cónsul en 1813, en 1816 se hizo elegir dictador perpetuo por la Asamblea Nacional, y así continuó hasta su muerte, en 1840. Su personalidad, extraña y quizá anormal, quedó calcada con huellas profundas en la vida de la nación que acababa de hacerse independiente. Imbuído de los principios de la Revolución francesa y enemigo enconado de la Iglesia, se resistió a contraer matrimonio y dejó varios hijos ilegítimos. Su propósito de reforzar la nacionalidad aislándola le llevó a prohibir el comercio exterior, y un sentido inflexible del respeto y la disciplina se tradujo en castigos de increíble severidad por la más leve falta contra la urbanidad o las buenas maneras.

Casos típicos del dictador severo, arbitrario, emprendedor, reformista, abundan en la historia de Hispanoamérica, desde el argentino Juan Manuel Rosas, figura absolutamente dominante de la vida de la todavía joven nación sudamericana entre los años de 1829 y 1852, hasta Porfirio Díaz, cuyo reinado—un verdadero reinado en el sentido más absoluto de la expresión, aun cuando sin corona—cubrió toda la última cuarta parte del siglo pasado y los primeros diez años del actual.

Porfirio Díaz, que podría ser considerado como el último gran dictador americano del siglo pasado—al siglo pasado pertenecía, en realidad, el dictador venezolano Juan Vicente Gómez, aun cuando toda su acción política correspondiese en realidad a este siglo y se adentrase tanto por él que llegó hasta los años treinta—, fué una personalidad tan fantástica que su obra apenas podría tener otra salida que la revolución. En su gran mayoría, los dictadores hispanoamericanos fueron surgiendo del ambiente peculiar de unas colonias en lucha abierta contra la nación colonizadora y no sería justo considerarlos como otra cosa que gobernantes animados del deseo de consolidar definitivamente la nueva situación, la independencia. Pero siempre hay excepciones y la de Porfirio Díaz alcanzó dimensiones únicas. Con Porfirio Díaz desaparecieron casi por completo las tradicionales comunidades con una historia muy anterior a Hernán Cortés, y a tiempo que se construían ferrocarriles se enajenaba la propiedad de la tierra, mucha de ella perteneciente al Estado, y se creaba una auténtica casta feudal a cambio de dejar al indígena transformado en un peón. Lo que empezó como una revolución

contra la última reelección de Porfirio Díaz, se transformó en la primera gran revolución social del Continente americano, con consecuencias que todavía perduran. No en balde uno de los grandes objetivos de la revolución de 1910 consistía precisamente en dar tierra al indio.

* * *

A lo largo de todo este tiempo, la estructura política de Hispanoamérica adquirió ciertas características dominantes. Una de ellas esa adopción, en casi todos los países que iban ganando la independencia, del sistema presidencialista, calcado con mayor o menor fidelidad del norteamericano. Otra, la perdurabilidad de la influencia europea, traducida al ambiente político en la formación de partidos que, cualquiera que fuese el nombre, podían confundirse fácilmente con los tradicionales partidos europeos, conservadores y liberales. Una más, la tercera, el ambiente autóctono, con tendencia a pesar mucho, alguna vez decisivamente, bien a través del criollo, que se iba desprendiendo gradualmente de mucha de la tradición trasplantada por sus antepasados a tierras nuevas, o más decisivamente todavía del mestizo, especialmente en países como Méjico o el Perú, donde la población india había representado siempre un alto porcentaje del total y donde se conservaban, además, recuerdos y hasta vestigios notables de pasadas civilizaciones espléndidas.

Pero en las condiciones de la vida no hay región ni país que pueda conservar su personalidad en estado de perfecto aislamiento. En las actividades humanas menos que en cualquier otra cosa, son imposibles ya los compartimentos absolutamente estancos, y no podía un mundo tan vasto por sus dimensiones, tan codiciado por sus riquezas, tan necesario por su producción, como Hispanoamérica, ser una excepción de esta regla general. Y menos todavía en las condiciones cambiantes, con tanta prisa como decisión, de este siglo, que se iban acentuando en forma casi atolondrada a medida que iban pasando los años.

Antes, sin embargo, de haber dejado atrás definitivamente este período de introducción que podríamos llamar formativo, que pudo haber quedado cerrado más o menos arbitrariamente con la primera guerra mundial, cuya influencia se dejó sentir mucho más allá de los campos de batalla y los grandes desplazamientos fronterizos, convendría no echar del todo en olvido a las grandes personalidades que han puesto en juego su autoridad, prestigio e influencia para la creación y consolidación de sistemas de gobierno inmunizados contra la ambición personalista. Relevantes personalidades que

podieron haber tenido éxito o no en su gran tarea, pero cuyos movimientos y dirección han seguido un curso claramente contrario al que conduce al poder personalista, como José Martí en Cuba o el mismo Bolívar en Venezuela, como Sáenz Peña en la Argentina y Batlle Ordóñez en el Uruguay, quizá el más renombrado de todos, por haber llegado al establecimiento de una forma colegiada de gobierno. El poder ejecutivo descansa en el Uruguay en un Consejo Nacional de nueve miembros, que, como Suiza, se turnan anualmente, con fines de Presidencia y representativos. Con un sistema así, ya consolidado, sólo una revolución, en realidad, podría desembocar en un régimen personalista como el que se podría encontrar en otras partes y con relativa facilidad a la terminación de un mandato presidencial. La mucha concentración de poder y autoridad en una sola persona, característica acusada del sistema presidencialista, facilita mucho más que entorpece, siempre que las circunstancias o el ambiente sean propicios, el paso a situaciones de dictadura, pura y llanamente.

Ese es el caso, en estos mismos momentos, de Haití, donde dos años y medio antes de la expiración del mandato presidencial del doctor François Duvalier, se tropezó con la sorpresa de la reelección y la toma de posesión para un segundo mandato. La situación en Haití había sido de extremada inestabilidad. El general Paul Eugene Magliori se había visto forzado a dimitir a fines de 1956 al fallar el intento por prolongar el mandato que estaba terminando. Desde entonces hasta las elecciones del 22 de septiembre de 1957, bastante menos de un año, tuvo la pequeña República antillana—que no tiene antecedentes españoles precisamente—cuatro Presidentes.

Una situación así a duras penas se podría dar en el Uruguay. Por dos razones fundamentales: el ambiente, muy distinto, incluso en períodos de profunda crisis económica, pues mientras el Uruguay ocupa uno de los primeros puestos del mundo hispanoamericano por el importe *per cápita* de la renta nacional, Haití, la primera República negra del mundo, está en uno de los últimos lugares, y el alto grado de desarrollo de la vida institucional en el Uruguay, en contraste con Haití, donde realmente lo que se pudiera llamar normalidad política depende casi exclusivamente de la persona que llega a la Presidencia.

* * *

Hasta la primera guerra mundial se podría decir que la evolución política por Hispanoamérica había guardado posiciones que si bien podían estar algo distanciadas de las que se iban creando y desarrollando por Europa, man-

tenían generalmente y en relación con ellas un curso paralelo. Incluso la tendencia, a menudo muy evidente, al desenlace en el régimen personalista, no se podría decir con justicia que era un rasgo exclusivo y característico del panorama hispanoamericano. Y a veces lo que se podía considerar, desde el lado político de la cuestión, como algo autóctono, apenas pasaba de ser una cierta peculiaridad de lenguaje.

La vida política de Colombia llegó a adquirir una gran estabilidad, hasta las elecciones de 1946, dominada por dos grandes partidos, el conservador y el liberal, en forma que no desmerecía en nada del sistema de turno que se había afianzado en algún país europeo. Fué una situación que continuó hasta que uno de los partidos, el liberal, adquirió tal desarrollo y favor que al dejar eclipsado al contrario acabó cayendo él mismo bajo una influencia escisionista de tendencias dispares y hasta encontradas, la causa de la victoria ese año del conservador doctor Ospina Pérez, que dentro de su propio partido representaba la tendencia moderada que venía siendo imbatida por otra más enérgica, activa y extremista, la del doctor Laureano Gómez. Por paradójico que pudiese parecer a primera vista, la creciente popularidad y el constante crecimiento del partido liberal colombiano fué una de las causas—la principal—de la victoria conservadora y de su paso a una posición en la que se encontraba trágicamente incómodo, después de tantos años de Poder, una situación acaso parecida a la que pudiera estar gestándose en la Gran Bretaña por estos mismos días. Pero el partido conservador, cuya posición parecía haber quedado fortalecida, en apariencia, con el triunfo, cuatro años después, del doctor Laureano Gómez, lanzó al país a una situación de creciente turbulencia, hostigado con frecuencia por fuertes disensiones internas, hasta desembocar en el asesinato en 1948 de Jorge Eliezer Gaitán, figura relevante de la creciente fracción izquierdista del partido liberal, y hechos tan graves como los registrados subsiguientemente en Bogotá, cuando las turbas, incitadas y dirigidas por los comunistas, hicieron arder tres cuartas partes de la ciudad y se entregaron al saqueo y al asesinato; y, en fin, el golpe de Estado de 1953, encabezado por el general Rojas Pinilla, el jefe del Estado Mayor, cuya destitución había dispuesto el Presidente. Un período tormentoso y en realidad de guerra civil que llevaba costados al país cientos de miles de vidas parecía aproximarse al fin—con el comienzo esperanzador de un ensayo de pacificación único hasta ahora, en el que durante tres períodos presidenciales los dos grandes partidos de la nación se repartían por igual los puestos, tanto políticos como administrativos, según lo establecido por el llamado Acuerdo de Sitges—, y con la vuel-

ta a la Presidencia del liberal Alberto Lleras Camargo (había sido ya Presidente desde 1945 a 1946), asomaban indicios de un posible retorno gradual a la situación parecida a la que había existido con anterioridad a 1946. Si así fuese, el 8 de mayo de 1958, la fecha de las elecciones que elevaron a la Presidencia al doctor Lleras Camargo, podría ser una de las más señaladas en la historia política de Colombia. Sin embargo, con el transcurso del tiempo y las escisiones internas de los dos partidos, sale a la luz hoy la endeblez de aquellos acuerdos de Sitges.

Esa división política entre conservadores y liberales no ha sido característica exclusiva de Colombia, aun cuando con frecuencia pasase, en otros países, por algo que daba la sensación de ser completamente distinto, peculiarmente autóctono, como en el Uruguay, por ejemplo, donde lo usual era hablar de blancos y colorados, o en la Argentina, donde pronto se afirmó en el panorama político nacional aquella Unión Cívica Radical del doctor Leandro Alem, y donde los conservadores pasaron a llamarse demócratas y los liberales radicales.

La Unión Cívica Radical, que acabó pasando también por un proceso de escisión y fraccionamiento más definitivo todavía que el del partido liberal colombiano, hasta haberse convertido hace pocos años en dos partidos distintos: la Unión Cívica Radical del Pueblo, del doctor Ricardo Balbín, y la Unión Cívica Radical Intransigente, del doctor Arturo Frondizi, actual Presidente de la nación, merecía considerarse como un partido liberal, a pesar de su nombre. Sería difícil encontrar en este partido, durante largos años el más importante de la nación, nada que fuese más radical—ni tan radical siquiera—como muchas de las cosas, y algunos de los hechos también, que pedía Lloyd George en nombre del partido liberal de Inglaterra y para la nación entera.

Es más, se podría ir un poco más allá por el camino de los paralelismos y encontrar analogías—en lo político y un poco en lo personal también, siempre que fuese posible para ello olvidarse de los rasgos físicos—entre un Alvear y un Asquith, por el lado de la moderación, o un Lloyd George y un Irigoyen por el otro, el del radicalismo un poco demagógico. Y si había motivos para llamar a los dos políticos ingleses liberales, ¿por qué no hacer igual con los argentinos, aun después de hacerse pasar oficialmente por radicales? Después de todo, no sería la primera vez que lo que un día fué radicalismo político acabase no ya en las posiciones de un tibio liberalismo, sino que al continuar marchando en alguna ocasión, como se ha venido demostrando en Francia, hacia la derecha, acabase por echar raíces en suelo

inconfundiblemente conservador. Que es lo que está sucediendo ya con una por lo menos de las dos grandes ramas en que se partió la Unión Cívica Radical argentina. (Una vez aquí, resulta irresistible dedicar una línea siquiera al doctor Hipólito Irigoyen, «el Peludo», como se le llegó a llamar, tanto en sentido afectuoso como peyorativo, uno de los políticos más extraordinarios no ya de la Argentina, sino de cualquier país del mundo. A pesar de una popularidad tan popular y avasalladora que le llevó a ser candidato en las últimas elecciones, en realidad, de carácter inconfundiblemente constitucional, que se celebraron en la Argentina hasta que empezó a quedar atrás, en 1955, la era peronista sin haber dado públicamente su conformidad, y a ser elegido Presidente por una gran mayoría de votos sin haber pronunciado un solo discurso durante toda la campaña electoral, no sólo resistió toda posible tentación a convertirse en dictador, sino que cayó mucho antes de la expiración de su segundo mandato presidencial, como consecuencia de un golpe militar dirigido por el general Uriburu en septiembre de 1930.)

La influencia de las corrientes políticas extranjeras, europeas mucho más que norteamericanas, que nunca, en realidad, llegaron a pesar mucho en la vida política hispanoamericana más allá del período constituyente que siguió a la declaración de la independencia de todas o casi todas estas Repúblicas, se fué afianzando más bien que desvaneciendo a lo largo de este siglo. El desarrollo de los movimientos socialista y comunista, fenómenos político-sociales típicamente europeos, se dejó sentir pronto en Hispanoamérica. Pronto y en forma más bien leve, es decir, sobre todo en cuanto al partido socialista, que apenas si ha tenido influencia política digna fuera de la Argentina. Y aquí, por razones personales más bien que políticas, con lo cual siguen existiendo motivos para el desarrollo, si se quisiese, de una teoría personalista de la política. Algo distinto, por lo más acusado, ha sucedido con el comunismo, quizá por tener unas características bastante más agresivas, tal vez por haber irradiado hacia Hispanoamérica—y otros puntos—desde unas posiciones de prestigio, las del Poder, alcanzadas en la Unión Soviética, y en alguna ocasión por lo menos por razones personalistas también, como ha sido el caso del partido comunista del Brasil, al que dió enorme publicidad una campaña mundial de años en demanda de la libertad de Carlos Prestes. Con Diego Rivera en Méjico, que intentó—y a veces consiguió—popularizar el comunismo con declaraciones y viajes a la Unión Soviética hechos por un nombre famoso por artista, aunque en política tuviese toda la inconsistencia y vacilación que suele arrancar de la vanidad cónjugada con la falta

de convicción y escaso también de conocimientos, y con Prestes en el Brasil, halló asimismo el comunismo por Hispanoamérica vigorosos puntos de apoyo de características claramente personalistas.

Es posible que resultase provechoso y que tuviese al mismo tiempo cierta originalidad un estudio del panorama político hispanoamericano cuya finalidad principal fuese la observación de la influencia que sobre otros partidos y todo el ambiente político-social hayan tenido los movimientos socialista, sindicalista y comunista. Especialmente en conjunción con fenómenos autóctonos y como estímulo, en ocasiones y períodos acaso muy poderosos, de la agitación en favor de una «independencia económica» a la que daba gran apremio el resarrollo peculiar de la economía hispanoamericana, más dependiente cada día de la norteamericana. Este grado de dependencia alcanzó asimismo un desarrollo máximo hasta entonces en los años entre las dos guerras, especialmente en la primera mitad. Con los comienzos de la «política del buen vecino» de Franklin D. Roosevelt, se creyó advertir una posible atenuación. Por naturales limitaciones, no sería posible aquí entrar en detalle alguno sobre uno de los períodos más importantes y quizá el más emocionante, hasta ahora que empieza uno muy especial y espectacular de la historia política hispanoamericana, en el que Manuel Ugarte se alzaba contra el «Coloso del Norte», Leopoldo Lugones cantaba las glorias de un nacionalismo altamente idealizado, Manuel Gamio salía en defensa de «Los de abajo», José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos dejaban entrar a torrentes por los pulmones adentro el aire de la selva y los llanos, y todos, en fin, con explosiva indignación o con sosegada resignación, condenaban y repudiaban la política del *big stick* de la *diplomacia del dólar* y del desembarco de *marines*, ya fuese para asegurar el pago de las deudas mediante la fiscalización de los ingresos, como los de aduanas y aveces incluso los de correos, o afianzar cuando no establecer regímenes tan altamente impopulares que acabaron por convertir en héroes de legendaria, homérica grandeza a hombres como Augusto César Sandino, algo que sólo podría darse en circunstancias realmente excepcionales.

La influencia indígena en conjunción con esas ideas de importación, socialistas, sindicalistas, comunistas, fascistas y más recientemente democristianas, han desembocado en movimientos de indudable originalidad y vigor. De gran originalidad y altas calidades de permanencia ha sido el Partido Revolucionario Institucional de Méjico, salido directamente de la revolución que empezó en 1910 y duró toda una década. De tal modo llegó a dominar la vida política de la nación que en Méjico no ha quedado en realidad

sitio para más, con la excepción de pequeños grupos más bien que partidos. Ni siquiera el partido comunista, que en algunos momentos pareció encontrarse con un ambiente favorable, consiguió sacar provecho del esfuerzo y el dinero invertidos en el empeño por establecer en Méjico una cabeza de puente para iniciar desde allí una labor de irradiación hacia toda Hispanoamérica. No quedó más remedio que esperar a la casualidad y a que una actitud política increíblemente obtusa le diesen en Cuba lo que nunca había conseguido encontrar en Méjico. Este movimiento, más bien que partido, tuvo un desarrollo rápido y de tal eficacia que no sólo adquirió una posición de monopolio absoluto de la vida política mejicana, sino que su desarrollo institucional destruyó por completo, hasta ahora al menos, toda posibilidad de desviación de un sistema presidencialista hacia el lado del poder personal que, como hemos visto, ha sido una de las maneras de expresión más persistentes de la vida política hispanoamericana. Desde la elección del general Obregón como Presidente en 1920, sólo una vez asomó la tendencia hacia el personalismo, al ser el propio Obregón candidato otra vez a la Presidencia para un segundo período, no continuó, al caer asesinado antes de tomar posesión después de la segunda victoria electoral, en 1928, aquel ensayo, intencionado o no, quedó frustrado. Desde entonces, ningún Presidente—el período de cuatro años se amplió a seis—hizo la menor tentativa para volver al cargo que había desempeñado, a pesar de que entre ellos los había de personalidad tan recia e influyente como el sanguinario Plutarco Elías Calles o Lázaro Cárdenas.

Movimientos o partidos políticos de indudable originalidad o sabor localista han sido el Febrerista del Paraguay, el de Liberación Nacional de Costa Rica, el COPEL—Comité de Organización Político-Electoral Independiente—y el de Acción Democrática de Venezuela, el Auténtico y el Ortodoxo de Cuba, y algunos más. De mayor importancia y más honda significación ha sido el Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia, en el Poder desde 1952 y que puso fin, al menos de momento, a un largo período de inestabilidad, gran incertidumbre y acusada influencia de las poderosas familias propietarias de las minas de estaño, la de Patiño sobre todo. No han desaparecido por completo del ambiente las luchas, las rivalidades y la inseguridad que habían desembocado en episodios tan espeluznantes como el linchamiento en el verano de 1946 del comandante Gualberto Villarroel, después de haber sido depuesto como Presidente, al cabo de dos años y medio de haber depuesto él al general Enrique Peñaranda. Pero un movimiento que es la síntesis de teorías y conceptos totalitarios de la derecha

y de la izquierda—quizá con una decidida inclinación a la derecha, lo que no ha impedido la formación también de un partido falangista, acusadamente minoritario, circunstancia que explica en cierto modo la continuada protección y ayuda norteamericana—con una fuerte dosis de influencias indígenas, ha conseguido dar a Bolivia un ambiente de relativa estabilidad política.

Más original quizá que ningún otro movimiento o partido de todos los que han surgido por Hispanoamérica y que en algunos momentos pareció llamado a extenderse más allá de las fronteras nacionales, ha sido el APRA o Alinza Popular Revolucionaria Americana, la creación de Raúl Haya de la Torre, síntesis también de lo que encontró más llamativo en movimientos que cuando era él estudiante universitario en Europa pasaban por un período de franco desarrollo, como el fascismo de Mussolini y el nacionalismo de Hitler, con algo, muy poco, del comunismo, y todo ello injertado en el ambiente, con mucha miseria y una tradición considerable, del Perú indígena, de un Perú donde el indio había alcanzado, siglos atrás, un alto grado de desarrollo económico y social, quizá político también.

Fué demasiado larga y penosa la resistencia con que tropezó el aprismo en el Perú—y fuera de aquí se enfrió en seguida el entusiasmo original—para poder hacer alguna demostración de sus calidades genuinas antes de verse a su vez sometido a influencias que dan ya la impresión de haber dejado en él muy poco del contenido original, aparte el nombre. Lo que parecía ser un movimiento revolucionario se ha ido transformando en un partido de turno en los muchos años que su fundador y jefe hubo de pasar en la cárcel, en el exilio o refugiado en alguna Embajada. De los grandes cambios sufridos por lo que durante algún tiempo dió la sensación de ser el más original de todos los movimientos políticos hispanoamericanos, da idea una declaración reciente de Haya de la Torre: «Hay una diferencia básica —dijo—entre el capital exportado a los países subdesarrollados por los Estados Unidos y por Rusia. El capital norteamericano no es un peligro para la democracia. El capital ruso trae consigo el comunismo, que es el fin de la democracia.»

* * *

Antes de hacer mención brevemente de algunos movimientos en los que de nuevo se podría advertir una más clara evidencia de que nunca, en realidad, ha dejado de existir, desde la independencia para acá, la influencia europea por Hispanoamérica, acaso se considerase conveniente examinar con

mucha brevedad el panorama político hispanoamericano en su conjunto. Hay en él dos características dominantes: la inestabilidad o la dictadura.

El *Uruguay* ha sido el país hispanoamericano de más larga y sostenida continuidad política. Los dos grandes partidos—o grupos de partidos, más bien—han sido el Colorado, en el Poder durante noventa y tres años consecutivos, y el Blanco, en la oposición hasta las elecciones del año pasado, de las que salió un Consejo de Seguridad Ejecutivo dominado por Benito Nardone, ruralista, y Eduardo Víctor Haedo, Presidente este año nacionalista. Los menos estables son muchos.

Muy inestable es la situación en la *República Dominicana* a la terminación, en las peores condiciones posibles—el asesinato—del régimen trujillista, mezcla de tres factores destacados: una personalidad recia y muy acusada, la ayuda de circunstancias especiales (la ocupación de la Infantería de Marina norteamericana en 1916, con cuyas autoridades tuvo Rafael Leónidas Trujillo Molina excelentes relaciones) y los nuevos métodos y teorías para la eficaz movilización de las masas y su incorporación a movimientos político-sociales vigorosamente organizados. La desaparición del hombre que dominó de una manera absoluta la vida de la pequeña República desde el año de 1930 en forma tal que dejó a la *República Dominicana* sin nada a la vista capaz de dar al régimen, a casi cualquier régimen que pudiese surgir en algún momento, sensación posible de continuidad. Quizá lo menos malo que pudiese suceder sería el retorno a condiciones de gran inestabilidad, como las que habían existido con anterioridad a Trujillo o como las que se han dado y se dan todavía en más de una República hispanoamericana.

Francamente inestable también es la situación en *Cuba*, el país donde la inestabilidad ha sido una fuerte característica de buena parte de su vida política. Los años de sosegado turno en el ejercicio de la Presidencia que habían empezado en 1909, con el fin del período de los gobernadores provisionales norteamericanos, fueron seguidos por la dictadura de Gerardo Machado, que también acabó encontrando un fin violento, entre 1925 y 1933, a la que siguieron la revolución y seis Presidentes en rápida sucesión, hasta el golpe del sargento Fulgencio Batista. Restableció éste la normalidad constitucional, que permitió al doctor Grau San Martín agotar completamente todo un período presidencial de cuatro años y ser sucedido, en 1948, por otro Presidente de elección popular, el doctor Prío Socarrás. Pero cuando estaba este período presidencial a punto de agotarse, Batista, ya general, dió un nuevo golpe y desde entonces Cuba no ha conocido más que la dictadura, primero la de Batista, después, a partir del primer día de 1958, la

de Fidel Castro, quien, desde hacía dos años se encontraba a la cabeza de un movimiento de rebelión armada que desde Sierra Maestra acabó extendiéndose por toda la Isla que rápidamente ha pasado a convertirse en una dictadura de cuño comunista, verdadero satélite soviético en América.

De crónica inestabilidad, con golpes de Estado, dimisiones más bien impuestas que voluntarias, asesinatos, elecciones y 30 Presidentes en poco más de medio siglo, es la situación en *Panamá*, actualmente bajo la presidencia de Roberto F. Chiari, y tradicionalmente dominada por lo que en los Estados Unidos se tiene una afición extraordinaria a llamar «la oligarquía», unas cuantas familias poderosas, y la acción siempre importante, alguna vez decisiva, de la influencia norteamericana. Inestable en general es la situación por toda la América Central. En *El Salvador*, donde en poco tiempo se produjeron dos golpes, uno el 26 de octubre de 1960, que derrocó al Presidente, coronel José María Lemus, y colocó en el Poder una Junta Cívico-Militar presidida por el coronel Alonso Castillo, de inconfundible inclinación hacia la izquierda y el fidelismo, razón por la cual los Estados Unidos fueron aplazando el reconocimiento, hasta que el 25 de enero siguiente se produjo otro golpe dirigido por el coronel Aníbal Portillo de cuarenta y seis años, una de cuyas primeras decisiones fué forzar la salida del país del ex Presidente Oscar Ossorio, que en 1948 había dirigido un golpe contra el general Salvador Castañeda Castro, y quien se creía que estaba más o menos identificado con la depuesta Junta Cívico-Militar.

En *Costa Rica*, donde las diferencias políticas degeneraron no hace tantos años en un conflicto armado, la situación tiende, de momento, a la estabilidad. José Figueres dejó paso, después de haber agotado su propio período presidencial, a Mario Echandi, triunfante en las elecciones de febrero de 1958, aun cuando en condiciones más bien desfavorables, por tener su partido, el de Unión Nacional, minoría en el Congreso.

En *Guatemala*, el general Miguel Ydígoras Fuentes, del partido de Reconciliación Democrática (conservador), salió triunfante en las elecciones indirectas—del Congreso—celebradas en febrero de 1958. Cuatro años antes de la revolución dirigida nominalmente por el coronel Castillo Armas—John Foster Dulles, entonces secretario de Estado norteamericano, dejó clara constancia de la intervención de los Estados Unidos, a través de la C. I. A. (Agencia Central de Información), al declarar paladinamente que no se podía tolerar la presencia en Centroamérica de un régimen que está haciendo posible la creación por allí de una cabeza de puente soviética—, puso fin a la Presidencia de Jacobo Arbenz Guzmán. Al caer el mismo asesinado dos años des-

pués, se inició un período de provisionalidad que culminó en la elección del general Ydígoras.

En *Nicaragua*, el fin, en septiembre de 1956, de veinte años de dictadura personal, con el asesinato del general Anastasio Somoza, obra un poco de unas circunstancias parecidas a las que se daban en la República Dominicana desde algún tiempo antes, desembocó en una situación donde sus dos hijos comparten el Poder, uno como Presidente y otro como jefe de la Guardia Nacional, pero con la promesa del retorno a la normalidad democrática y en condiciones que no han podido impedir las manifestaciones e incluso los movimientos de rebelión armada. El último acto de rebelión de importancia, dirigido por el Movimiento Patriótico de la Juventud Nicaragüense, de tendencias izquierdistas, ocurrido el 11 de noviembre, fué sofocado con aparente facilidad. La oposición a la familia Somoza en Nicaragua acusa, sin embargo, la existencia de un resentimiento fuerte contra los Estados Unidos.

Pudiera ser *Honduras* el país centroamericano con mayores condiciones de estabilidad. Si fuese así, mucho se debería, sin duda, a su actual Presidente, el doctor Ramón Villeda Morales, cuya popularidad persiste al cabo de casi cuatro años al frente de los destinos de lo que él mismo suele llamar «el país de los cuatro setentas: un 70 por 100 de analfabetismo, un 70 por 100 de ilegitimidad, un 70 por 100 de población campesina y un 70 por 100 de muertes que hubieran podido ser evitadas». No hace mucho, Villeda Morales, cuyo régimen no podría ser calificado de derechista, como el de Guatemala, por ejemplo, a pesar de haber roto las relaciones diplomáticas con Cuba, hizo una demostración clara y de momento decisiva de su idea de la democracia. Subió a la plataforma donde un agitador comunista acababa de afirmar ante un público formado casi exclusivamente por obreros portuarios, que Honduras había hecho traición a Hispanoamérica al romper las relaciones con Cuba (otros ocho Gobiernos hispanoamericanos y el de los Estados Unidos habían hecho igual). El Presidente se limitó a decir, dirigiéndose a los mismos que acababan de escuchar aquella violenta imprecación:

«El orador que me ha precedido acaba de ejercer su derecho a la libertad de palabra. Pero yo os pido que escojáis entre el comunismo y la democracia, entre la bandera azul y blanca de Honduras y la bandera roja de Rusia.»

Dejó la tribuna y se fué. Detrás de él, aplaudiéndole y vitoreándole, se fueron la gran mayoría de los obreros que habían escuchado con mucha atención su breve discurso.

Incierto ha sido el curso de la vida política de *Chile* durante una buena parte del período que siguió a la primera guerra mundial, en particular entre los años de 1924 y 1927, cuando tuvo seis Presidentes. Y uno más, en realidad, el general Carlos Ibáñez, si bien éste continuó hasta 1931, cuando su régimen dictatorial fué arrastrado por la tolvanera que se había convertido en huracán. Después, entre julio de 1931 y diciembre de 1932, conocieron los chilenos, que con frecuencia decían de sí mismos que eran los prusianos de América, ocho Presidentes, siempre que entre ellos se deje sitio para la llamada Junta Socialista, formada por Carlos Dávila, el coronel Marmaduke Grove y el general Arturo Puga, para iniciar finalmente, con la elección de Arturo Alessandri, un período de considerable estabilidad. El propio Carlos Ibáñez volvió a ser Presidente constitucional y en un país donde la influencia izquierdista es considerable y con tendencia a irse afirmando, es más, un Presidente constitucional sucede a otro, izquierdista o conservador, como el actual, Jorge Alessandri Rodríguez, elegido en 1959 para una período de seis años.

Estabilizada parecía ser la situación política del *Perú*, después de un largo período de agitación y alguna vez de gran turbulencia también, como el 30 de abril de 1933, cuando fué asesinado el Presidente, general Luis M. Sánchez Cerro, o más tarde, cuando una situación de gran intranquilidad desembocó en el golpe de Estado del general Manuel Odría, quien después de un período de régimen dictatorial presentó la dimisión durante el tiempo necesario—dos meses escasos—para hacerse elegir Presidente y agotar así un mandato constitucional antes de ceder el puesto a Manuel Prado y Ugarteche, que había sido ya Presidente otra vez. El candidato del propio Odría sufrió una seria derrota. Signo de madurez, de estabilidad, pudiera ser el no haberse dado el menor intento por restablecer la dictadura.

También *Ecuador* pasó por períodos en los que lo corriente era, como sucedió entre los años de 1934 y 1940, y nuevamente entre 1944 y 1948, tener un Presidente por año, por término medio. Después, con la elección de Galo Plaza, se produjo un cambio radical, lo que hace pensar que con frecuencia la persona pudiese ser un factor decisivo. Con figuras liberales, conservadoras o independientes en la Presidencia, el Ecuador ha vivido desde entonces una vida de gran normalidad política. Apenas se podría encontrar demostración más elocuente de ello que la que ofrece el actual Presidente, doctor José María Velasco Ibarra, cuatro veces elegido Presidente, con anterioridad a la última; la primera en 1934, para ser depuesto cuando no

había pasado un año; la segunda en 1944, por la Asamblea Constituyente, para ser elegido nuevamente en agosto de 1946 y ser depuesto al año siguiente. A la terminación del mandato presidencial, de cuatro años, de Galo Plaza, liberal, volvió a ser elegido Velasco Ibarra, independiente, nacionalista y figura que goza de gran popularidad entre la mayoría de la población, para agotar entonces un período completo. Le siguió el doctor Camilo Ponce Enríquez, conservador, y de nuevo, el año pasado, volvió a presentarse y a salir triunfante Velasco Ibarra.

* * *

En contra de la corriente hacia regímenes de tipo constitucional y creciente estabilidad que parecía ganar terreno en la primera parte de este siglo, la tendencia por los años treinta—en algunos casos empezó antes—apuntaba claramente hacia el retorno a situaciones dictatoriales. Pero con la presencia de ciertas características peculiares, sobre todo a partir del nacimiento del partido «Trabalhista», de Getulio Vargas, en el Brasil, y su «Estado Nuovo», que empezó en 1930 y siguió hasta 1945, cuando, circunstancia extraña, presentó la dimisión. Más tarde volvió a presentarse candidato a la Presidencia, con la esperanza, quizá, de repetir la experiencia de antes, para dar claras muestras de sufrimiento con una violenta campaña de censuras que le arrastró al suicidio, en agosto de 1954. Desde entonces el Brasil volvió a lo que se iba convirtiendo en costumbre: el desarrollo normal de la vida política dentro de los cauces constitucionales.

El movimiento «trabalhista» de Getulio Vargas pudiera ser considerado como la primera manifestación por el mundo hispanoamericano de la influencia que han tenido ideas fundamentalmente de importación, y que pronto se fué extendiendo a otras Repúblicas, casi siempre con algunas modificaciones y adaptaciones al ambiente local. En mayor o menor grado, el peronismo en la Argentina, el régimen de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela—de difícil definición, pero en el cual parecían influir grandemente los conceptos un poco totalitarios del doctor Vallenilla Lanz—, el trujillismo en la República Dominicana, la segunda dictadura de Batista en Cuba, y, en fin, el régimen del General Stroessner, todos estos movimientos y regímenes han participado en una forma u otra de una tendencia común: la inclinación hacia el totalitarismo apoyado en organizaciones de masas encuadradas corrientemente en sindicatos controlados por el régimen o en partidos únicos, como es el caso del Paraguay.

La tendencia, una vez iniciada, se extendió rápidamente, lo cual pudiera

apuntar a la existencia de un ambiente generalmente propicio. Y así era, en realidad.

A pesar de las grandes diferencias aparentes entre la Argentina y Guatemala, entre Bolivia y Méjico, entre Cuba y Chile, toda la América hispana en mayor o menor grado, pero siempre en un grado muy alto, ha estado expuesta hasta ahora a las consecuencias violentamente fluctuantes de un sistema económico caracterizado por la producción en grandes cantidades de unos pocos artículos básicos, con frecuencia uno solo, como el café, el azúcar, los plátanos o el cobre. Y cuando al mismo tiempo que en la Argentina se formaba un Gobierno de tendencias totalitarias, con el general Pedro Ramírez a la cabeza, en la vecina Bolivia se asesinaba y colgaba al comandante Villarroel, la diferencia entre una y otra situación era más bien de grado o de intensidad, porque en el fondo las causas eran análogas o muy parecidas: la expresión o la explosión del descontento popular o nacional por un estado de cosas salido en realidad de la crisis económica que *había dejado sin mercado provechoso—a veces sin mercado de ninguna clase—* a los productos de la economía hispanoamericana: el café o la carne, el tabaco o la lana.

Los grandes cambios suelen producirse por razones de mucha envergadura, y, por lo tanto, en épocas especiales y espaciadas, y con creciente intensidad y a veces hasta con violencia a medida que el panorama se va haciendo más complejo y más trabado. Hispanoamérica tenía a principios del siglo pasado unos 23 millones de habitantes, que para comienzos del siglo actual se calculaban ya en 63 millones, aproximadamente la población del Brasil en estos momentos. Cuando nuestro siglo XX había llegado a la mitad, ya esa población había subido a 162 millones, y en la actualidad está al borde de los 200 millones.

Una de las cosas absolutamente necesarias en un ambiente de desarrollo demográfico tan precipitado es el desarrollo proporcionado—o más rápido todavía a ser posible—de los recursos económicos, los transportes, las comunicaciones, las condiciones de vida, en fin. Si se da una cosa y no se dan las otras, es de esperar que acaben produciéndose trastornos y desequilibrios capaces de tener, en definitiva, consecuencias desquiciadoras. Y más todavía en países o regiones como los de Hispanoamérica, con una economía que por sus características peculiares necesita tanto de los mercados extranjeros.

O de un mercado extranjero, en realidad, el norteamericano, hacia donde ha tendido a orientarse, por razones que no es éste el lugar para analizar y comentar. Baste decir que del valor total de las exportaciones hispanoame-

ricanas en 1959, algo más de 8.000 millones de dólares, casi la mitad, procedía de las ventas hechas a los Estados Unidos—unos 3.700 millones de dólares, con el resto repartido casi a partes iguales entre la Europa occidental, 2.300 millones de dólares, y el resto del mundo, unos 2.200 millones. Prácticamente idéntica es la distribución de las importaciones, como es lógico, ya que de un valor total de 7.500 millones de dólares correspondieron a los Estados Unidos 3.500 millones; a la Europa occidental, 2.300 millones, y al resto del mundo unos 1.700 millones de dólares. Cualquier trastorno o cambio importante en el mercado norteamericano, y los ha habido de dimensiones catastróficas, tanto después de la primera guerra mundial como de la segunda, estaría necesariamente destinado a tener hondas repercusiones en la economía hispanoamericana. Y por tratarse de algo cuya influencia en la vida humana de conjunto es tan acusada, en la vida política también.

De la crisis de los años treinta—que en muchas partes empezó, repetimos, bastante antes—salieron cambios dislocadores por casi todo el panorama político hispanoamericano, con una clara tendencia hacia la desviación del rumbo que se había iniciado, con mayor o menor decisión, en un reciente período de creciente estabilidad política. El estado de creciente y más ancha prosperidad salido más tarde de las circunstancias especiales de los años de la segunda guerra mundial, con necesidades imposibles de satisfacer plenamente y que bastaban para fijar un precio muy alto a todo lo que en cualquier otra parte se pudiese producir y transportar, afianzó más bien que debilitó todos esos regímenes de excepción que habían ido surgiendo en los días de crisis y desconcierto. Era natural casi que nadie o casi nadie se preocupase de introducir cambios radicales en un régimen que daba la sensación de producir buenos resultados. Pero cuando, al irse restableciendo la normalidad dislocada con la guerra, de nuevo surgió la depresión y la crisis económica por Hispanoamérica, podrían esperarse acontecimientos políticos, hijos de un estado de creciente malestar. Y como la crisis venía a producirse en ambientes dominados por regímenes de excepción, lo natural sería que el descontento se cebase en ellos y no se conformase con cambios superficiales o simplemente de personas. Sería necesario calar más hondo. Para volver, quizá, a los tiempos de mucha mayor estabilidad política, que adquirirían nueva y realzada significación y prestigio con el paso de los años, algo que suele dar al recuerdo ciertas calidades placenteras.

* * *

Es posible que tenga alguna significación la coincidencia de la caída del peronismo en la Argentina, el primero de una serie de grandes acontecimientos que fueron transformando de nuevo y radicalmente el panorama político hispanoamericano en el corto espacio de un lustro generosamente medido, con el año—1955—en que se produjo un cruce significativo en el curso de los precios de las mercancías compradas y vendidas por Hispanoamérica en el mercado mundial. El precio de los artículos de importación, que venía subiendo desde hacía largo tiempo, desde la terminación de la guerra, en realidad, se cruzó con el precio de los artículos que Hispanoamérica producía y vendía en los mercados exteriores y sin los cuales no podría largamente es natural, continuar dando satisfacción a unas necesidades de importación que aumentaban sin cesar, como la población. Lo que antes dejaba un margen de la suficiente importancia para la acumulación de reservas, dispuestas en todo momento a dar satisfacción a nuevas o mayores necesidades, a partir de este momento se empezó a transformar en un déficit capaz de imponer por sí solos cambios y transformaciones de gran trascendencia. La anchura del déficit servía, de momento, para medir las dimensiones de la crisis y del descontento que acabó traducándose en movimientos de oposición a los regímenes establecidos, capaces de hacer explosión allí donde no encontraban, con el recurso a las urnas, maneras fáciles de expresión y, con ello, de mitigación también.

JACINTO MERCADAL.